

EL CASTILLO DEL PRINCIPE.

Por G. Rodríguez Morejón.

Hecho histórico que determinó su construcción. — El por qué de su actual destino.—Bello motivo decorativo de nuestro futuro ornato público

Un doce de agosto, aunque no el del año 1933 sino el correspondiente al 1762, capitularon, después de larga y heroica resistencia, las tropas españolas encargadas de la defensa de la Habana. La relativa facilidad con que llevaron a feliz término su acción militar los marinos de la armada británica, demostró a las autoridades de la Metrópoli que para defender eficazmente a una plaza se necesitaba algo más que el heroísmo y el coraje de sus defensores, esto es, una preparación militar adecuada; y, como lógica consecuencia, convinieron en la necesidad de aumentar el poder defensivo de la capital de la Isla, a cuyos efectos dispusieron la realización de los estudios y de las obras necesarias para convertirla en una verdadera plaza fuerte, en una ciudad inexpugnable que estuviera al margen de todo peligro de una nueva invasión extranjera.

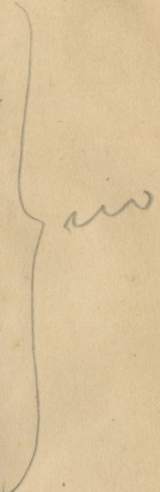
Fué esa circunstancia la que determinó que de acuerdo con lo recomendado por la estrategia se dispusiera la edificación de una fortaleza en la altura en que se encuentra la vetusta construcción que es objeto de esta crónica, lugar éste al que por ese entonces se denominaba loma de Aróstegui.

Poco tiempo después, allá por el año 1767, un constructor de obras apellidado Crame, comenzó a levantar de acuerdo con los diseños trazados por el ingeniero Abarca, los sólidos y gruesos muros del Castillo del Príncipe.

Seguramente los habitantes de la ciudad que cinco años atrás había sido ocupada por los ingleses, siguieron el proceso de la obra poseídos de un doble sentimiento de orgullo y de tranquilidad; el primero, producido por el hecho de ser por todos considerada la nueva fortaleza como una de las mejores de la época; y el segundo, proveniente de las seguridades que la misma les brindaba al respecto de que no volverían a sufrir los ultrajes que siempre traen aparejadas las ocupaciones militares del tipo de las del caso de referencia.

Diez años más tarde fueron terminados los trabajos de construcción de este fuerte cuyo emplazamiento fué escogido con el propósito de que el mismo respondiera a un doble objetivo militar, el de proteger la desembocadura del río Almendares, lugar propicio para un desembarco, y los aproches de la plaza. Fué en esta oportunidad cuando el edificio que ocupa comenzó su función militar. Más de sesenta piezas de artillería y una guarnición de novecientos hombres fueron llevados al recinto cuyos muros exteriores siguen el contorno de un pentágono irregular y eran rodeados por amplios fosos; que tiene dos baluartes, dos simibaluartes, una galería aspillerada y sus correspondientes galerías para minas.

Esta construcción llenó su cometido militar mientras fué utilizada como fortaleza, pero, el Destino le tenía reservadas otras funciones: Andando el tiempo Cuba se constituyó en Estado independiente y desde ese momento dejó de ondear en lo alto de su mástil el pabellón rojo y gualda. Luego, se inmovilizó su puente levadizo, sus fosos fueron secados y sus piezas de artillería des-



montadas; después, la guarnición evacuó y quedó sola y casi abandonada la vetusta fortaleza de bellas líneas y muros renegridos por el tiempo que antaño fuera timbre de orgullo de los encargados de defender el honor de las armas de España.

Ya en época de la República, se le usó como Presidio Nacional y por tal motivo y como consecuencia de nuestras agitaciones políticas, guardó prisión en una de sus celdas el General José Miguel Gómez, quien, como es sabido, fué hecho prisionero en la acción de Caicaje durante la revolución de febrero.

Tiempo después cuando se construyó en Isla de Pinos la moderna prisión celular y fueron trasladados a ella los penados que se encontraban reclusos en la antigua fortaleza, la Habana satisfizo la necesidad de contar con un lugar apropiado para usarla como cárcel y, por tanto, fué suprimido el antiestético motivo constituido por la existencia de un viejo penal con su lúgubre y sombría fachada de enrejadas ventanas, precisamente, en la esquina más concurrida y alegre de su principal paseo.

Mientras tanto, el incesante progreso de la capital de la República había ensanchado el perímetro de su parte urbanizada y la loma del Príncipe ya no era un lugar apartado al cual no llegaban el bullicio

y el gran movimiento de la ciudad. En efecto: La hermosa Avenida de la Independencia, que partiendo del parque de la Fraternidad se dirige en línea recta hasta su falda, se había transformado en una de las arterias de mayor importancia de la urbe gracias a la convergencia hacia ella de la calle Ayestarán y de las Avenidas de Menocal y de los Presidentes, ya que esa circunstancia, resulta ser la vía que mejor comunica al centro de la ciudad con las importantes barriadas del Vedado, Jesús del Monte, el Cerro y la Víbora.

Seguramente, atendiendo a lo expuesto, fué que cuando en el año 1926 el genial urbanista francés M. Forestier perfeccionó, con la cooperación de los arquitectos Leveau, Labatut y Beaudon el famoso y gigantesco plan de embellecimiento de la Habana, tuvo en cuenta las bellas perspectivas que ofrece la loma coronada por la colonial fortaleza para incluir, en el referido proyecto, el embellecimiento de este mirador desde el cual pueden contemplarse a satisfacción, los diversos panoramas de la ciudad, entre los que se destaca el que ofrecen el esbelto y delicado campanario de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús con los blancos encajes de su estilo gótico eclesiás-



tico; la severa cúpula del Capitolio con su domo de oro y su linterna clásica y la torre de la "Cuban Telephone Co." mostrando las galanuras y elegancias del Renacimiento.

La concepción de los técnicos franceses quedó fijada en preciosos planos que permanecieron cuidadosamente archivados en la Secretaría de Obras Públicas hasta que la iniciativa entusiasta y decidida del Comandante del Ejército Constitucional, Ramón Gutiérrez de Velázquez, apareció como factor determinante para llevar a vías de hecho el em
la ciudad.

El mencionado militar después de obtener de sus superiores gerárquicos la necesaria conformidad, se entrevistó con el trabajador ingeniero José G. duDefaix, Jefe del Negociado de Construcciones Civiles y Militares y, como era lógico esperar, de la reunión de estos dos cubanos de buena fe surgió, vigoroso, el empeño de mejorar en todo lo posible el ornato público del rincón capitalino de referencia.

Teniendo en cuenta que nuestras posibilidades económicas no permitían la ejecución del acabado proyecto de Forestier, se resolvió confeccionar uno nuevo que, aunque basado en lo esencial del que nos había dejado el famoso urbanista, fuera de factible desarrollo. Uniendo la acción a la idea, se dispuso que de inmediato se comenzaran los estudios necesarios para adaptar a las realidades imperantes la brillante concepción de Forestier.

Con ese fin, cuatro profesionales jóvenes del departamento, los arquitectos Mario Rodríguez Acosta y Ricarlo Morales y los ingenieros Manuel

Cruz Muñoz y Eloy de Castro verde, fueron seleccionados por duDefaix para que realizaran las labores técnicas necesarias a los efectos indicados.

Al ingeniero Cruz Muñoz se le encargaron los trabajos topográficos; los arquitectos Rodríguez Acosta y Morales se dedicaron a hacer la adaptación de los planos del gran urbanista y al ingeniero Castroverde se le confió la inspección directa de las obras.

Varios meses han estado trabajando los técnicos citados y el acuarelista Guevara en los planos cuyas fotografías ilustran estas líneas.

De tres puntos principales consta el nuevo proyecto: de una gran escalinata situada a eje con la Avenida de la Independencia; de una gran terraza que mira a la Avenida de los Presidentes con la que se une por otra escalinata recta y de la hermosa jardinería de los "parterres" que dan a la calle 29. Estos tres puntos salientes de la composición son igualmente bellos.

Además, intramuros se proyecta una amplia calle que a manera de camino de ronda facilitará extraordinariamente el tránsito de vehículos y peatones.

Para todo el perímetro del castillo límite con las avenidas que lo circundan se proyectan muros de sostenimiento de suficiente altura para que lo enmarquen y permitan que su evocadora y bella silueta se recorte y destaque mejor

Todo lo proyectado está sujeto a los imperativos de lo posible, por lo que puede afirmarse que el estudio hecho que acusa cierta tendencia renacentista italiana, es un acabado trabajo que prueba que cuantos han laborado en él lo han hecho, si no con la sabiduría de aquellos maestros galos, si con la devoción y el

cariño de cubanos que aman sinceramente a su país y desean su engrandecimiento en todos los órdenes.

Observe el lector cómo el progreso ha transformado la orgullosa fortaleza de antaño, en un bello motivo decorativo de nuestro ornato público.

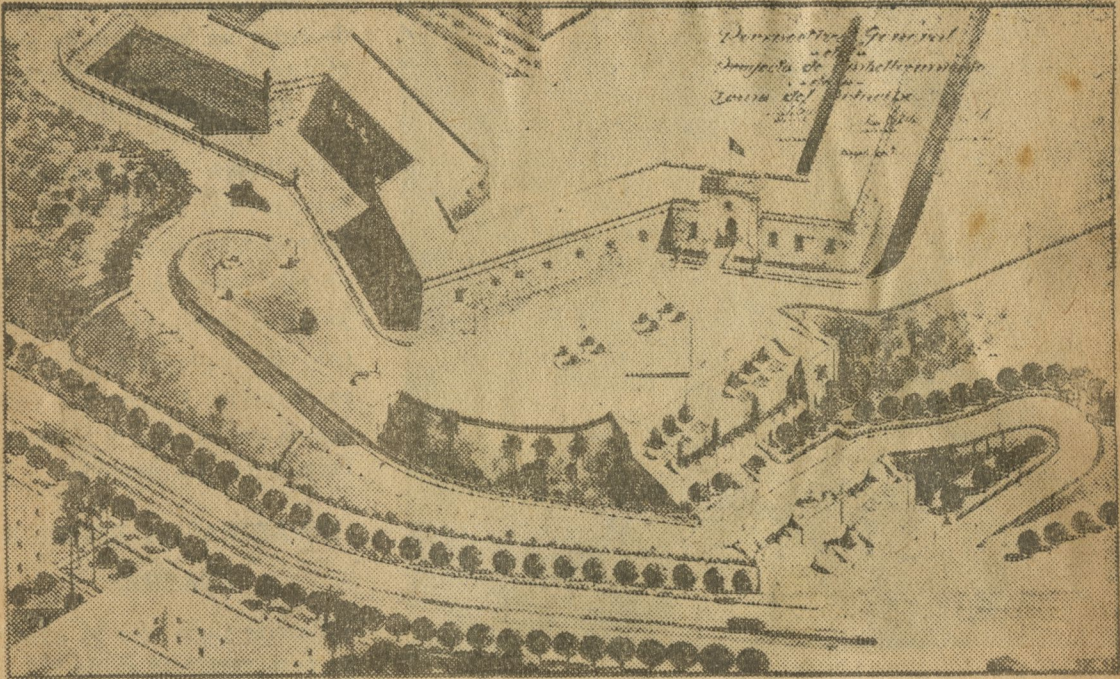
M. Cruz 15/39



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2



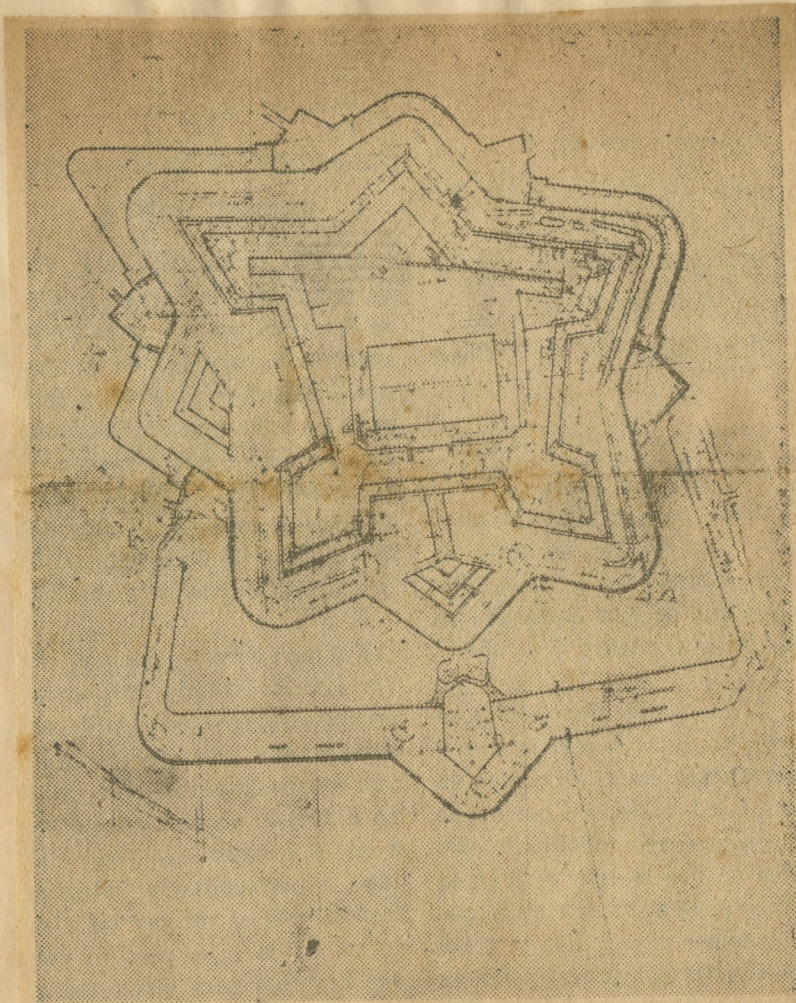
Esta excelente perspectiva general del proyecto de embellecimiento de la loma del Príncipe es obra del notable acuarelista Diego Guevara.

M. Pen. 15/39

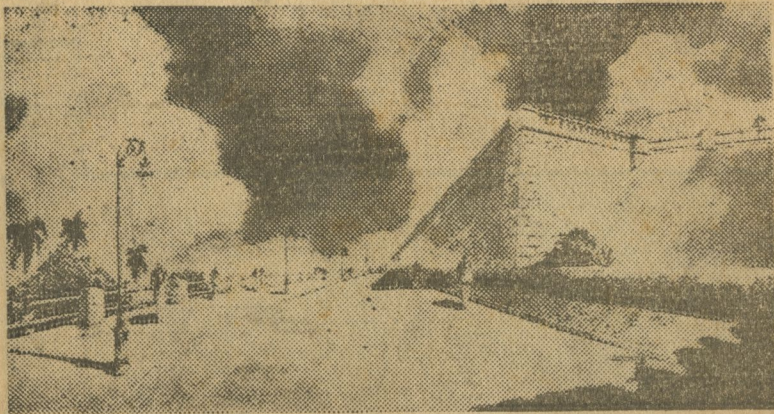


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Fotografía de un plano de la planta del Castillo del Príncipe, levantado por militares norteamericanos.



Magnífico apunte del gran mirador de la penitenciaría. Desde esa eminencia se contempla el espléndido panorama de la Habana.

M. L. 15/39